



BRASIL GOLPE DE 2016



Eric Nepomuceno
Chico Buarque
Leonardo Boff
Wagner Moura
Fernando Morais
Jean Wyllys
Marina Albiol
Antônio Maura
Podemos
Germán Aranda
Carla Guimarães
Ana Alkimim
Rose Maloka
Tulani Nascimento
Aline Pereira

Brasil: Golpe de 2016

Eric Nepomuceno, Chico Buarque, Wagner Moura, Fernando Morais, Leonardo Boff,
Jean Wyllys, Marina Albiol, Antonio Maura, Podemos, Germán Aranda, Carla Guimarães,
Ana Alkimim, Rose Maloka, Tulani Nascimento, Aline Pereira.



Título original: *Brasil: Golpe de 2016*.

© de los textos: cada uno de los autores.

Primera edición: © Ediciones Ambulantes, 2016.

edicionesambulantes.com

editorial@edicionesambulantes.com

Proyecto gráfico de la cubierta: © Andréa Bellotti, 2016.

Traducción: © Víctor David López, 2016 (“Manifiesto de los trabajadores del arte y la cultura”, “Contra el golpe, por la Democracia” y “No basta con detener los retrocesos”).

Maquetación: Pablo Barrio.

Prólogo: © Víctor David López, 2016.

Agradecimiento infinito por apoyar la causa: Andréa Bellotti, Jorge Diego Sánchez, Pablo Montequi, Quique Esteban, David Vila, Vidal Martín, Joyce Destri, Maïa Vidal, Pilar San José, Ana Garralón, Juan Peña, Daniel Fonseca, Muka Diez Barajas y Violeta Martín.

Esta publicación digital ha sido proyectada como material de divulgación de descarga gratuita. Todos los autores apoyan la causa, participan de manera desinteresada y se han tirado al barro como héroes. Eso siempre quedará.

La autorización para el uso de cualquier fragmento de este libro debe ser consultada por escrito a la editorial.

ÍNDICE

Triste Prólogo, por Víctor David López

Manifiesto de los trabajadores del arte y la cultura, por Eric Nepomuceno, Chico Buarque, Wagner Moura, Fernando Morais y Leonardo Boff

Contra el golpe, por la Democracia, por Jean Wyllys

La oligarquía se organiza para recuperar sus privilegios, por Marina Albiol

Una vez más Brasil se desangra, por Antonio Maura

Comunicado sobre la preocupante situación política en Brasil, por Podemos

Una confabulación sombría, por Germán Aranda

Un domingo cualquiera, por Carla Guimarães

Si se meten con Dilma, se meten con todas, por Ana Alkimim

No basta con detener los retrocesos, por Rose Maloka

En escena: resistencia cultural, por Tulani Nascimento

Invisibles, por Aline Pereira

TRISTE PRÓLOGO

Por Víctor David López, periodista, editor y traductor

Hace unos días, un ciudadano brasileño, una persona aparentemente normal a la que conozco desde hace años, me respondió –ante la pregunta de cómo veía la actual situación en su país–: “El problema de Brasil es que hay mucho pobre chupando de la bolsa”. Efectivamente, para una buena parte de la población brasileña –la élite y las clases más pudientes– el problema es que ahora en Brasil todos comen.

El ciudadano en cuestión se refería sin piedad al programa social “Bolsa Familia”: una ayuda económica mensual a las familias más desfavorecidas que va desde los 77 reales (18 euros) hasta los 177 (43 euros) dependiendo del número de hijos. Cualquiera que conozca un poco Brasil sabe que esto no es una opinión aislada.

Los sucesivos gobiernos de Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (desde el 2011), del Partido de los Trabajadores, han sacado de la pobreza, según varias fuentes oficiales, a más de 35 millones de personas. Su red de programas sociales (Mi Casa-Mi Vida, Brasil sin Miseria, y el propio Bolsa Familia, entre otros) es ejemplo en medio mundo. Su política de cuotas en la universidad y el programa de intercambio Ciencias sin Fronteras han democratizado algo tan fundamental como la educación.

Todo esto es complicado de aceptar y asumir por parte de los poderosos grupos económicos y mediáticos brasileños. No esperaban, al parecer, que el pueblo reeligiera a Dilma, que volvió a ganar las elecciones a finales de 2014 con 54 millones de votos, en un resultado ajustado, ya con la crisis golpeando duro y el Caso Petrobras –o Caso Lava-Jato, lavadero, mancha política a nivel global– invadiendo las portadas.

Dilma venció pero tuvo que pactar con el mismísimo diablo para sacar adelante el gobierno. El emblema de la mujer luchadora, honesta, fiel guerrillera que peleó contra la dictadura y que nunca delató a un solo compañero a pesar de las torturas, no ha sabido nadar entre las pirañas del Congreso. Entre los grupos de presión evangélicos, del agronegocio, de la industria del armamento, etc. El diablo – personificado en los oscuros Michel Temer y Eduardo Cunha– la traicionó desde el mismo instante en el que tomó el mando de su segunda legislatura, el 1 de enero de 2015. Jamás aceptaron la derrota. Este *impeachment* –en el que se busca un delito en unos supuestos maquillajes fiscales, tan comunes en empresas, ayuntamientos y gobiernos que no se hacen ni a escondidas– siempre fue su plan B para derrocarla. Una tercera vuelta de las elecciones que perdieron. Unas elecciones indirectas. Un Golpe institucional. Un Golpe de Estado.

Este prólogo es triste, pero más triste y delicado es el prólogo de la joven democracia brasileña. Y más angustioso es ver cómo algunos diputados dedican su voto en el Congreso a favor de este Golpe contra Dilma a los militares torturadores del Golpe del 64.

MANIFIESTO DE LOS TRABAJADORES DEL ARTE Y LA CULTURA

Por Eric Nepomuceno (escritor), Chico Buarque (compositor y escritor), Wagner Moura (actor), Fernando Morais (periodista y escritor) y Leonardo Boff (teólogo).

Lo que vivimos hoy en Brasil es una clara amenaza a lo que fue conquistado a duras penas: la democracia. Una democracia todavía incompleta, es verdad, pero que supo en los últimos años avanzar de manera decidida en la lucha contra las desigualdades e injusticias, en la conquista de más espacio de libertad, en la eterna tentativa de transformar nuestro país en la casa de todos y no en la de los pocos privilegiados de siempre.

Nosotros, trabajadores de las artes y de la cultura en sus más diversos segmentos de expresión, estamos unidos en defensa de esa democracia.

De la misma forma que las artes y la cultura de nuestro país se expresan en su plena –y rica, y enriquecedora– diversidad, nosotros también integramos las más diversas opciones ideológicas, políticas y electorales.

Pero nos une, por encima de todo, la defensa del bien mayor: la democracia. El respeto a la voluntad de la mayoría. El respeto a la diversidad de opiniones.

Entendemos claramente que el recurso que permite la instauración del Juicio Político a cualquier presidente –eso a lo que en portugués castizo se lo denomina *impeachment*– integra la Constitución Ciudadana de 1988.

Es precisamente por eso, por el respeto a la Constitución, escudo mayor de la democracia, que su uso indebido e irresponsable constituye un golpe blanco, un golpe institucional, pero siempre un golpe. Cuando no hay ninguna base para su aplicación, lo que existe es un golpe de estado.

Muchos de nosotros vivimos en nuestras carnes, aquí y en otros países, el fin de la democracia. Todos nosotros, de todas las generaciones, vivimos también la reconquista de esa democracia. Defendemos y defenderemos, siempre, el derecho a la crítica, por más contundente que sea, al gobierno –a este y a cualquier otro–. Pero, por encima de todo, defendemos y defenderemos la democracia reconquistada. Una democracia, repetimos, que necesita avanzar, y mucho. Que no consista solo en el derecho de votar, sino de participar. Abarcar, en definitiva, una democracia completa, sin fin, en la que cada uno pueda reivindicar el derecho a la tierra, al medioambiente, a la vida. A la dignidad.

Costó mucha lucha, sacrificio y vidas. Costó esperanzas y desesperanzas. Que eso que intentan ahora los resentidos de la derrota y los aventureros del desastre no cueste el futuro de nuestros hijos y nietos.

Estamos reunidos para defender el presente. Para espantar el pasado. Para merecer el futuro. Para construir ese futuro. Para merecer el tiempo que nos tocó vivir.

CONTRA EL GOLPE, POR LA DEMOCRACIA

Por Jean Wyllys, diputado federal, PSOL-RJ.

La votación de apertura del proceso de *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff en la Cámara de Diputados fue un verdadero circo de los horrores. Estuve muy incómodo y avergonzado por la imagen que Brasil mostró al mundo. He llegado a leer en la prensa internacional que parecía una reunión de borrachos.

Fue un espectáculo lamentable: un parlamento discutiendo una decisión de extrema gravedad institucional, la destitución de una presidenta de la República electa hace menos de dos años con 54 millones de votos de ciudadanos y ciudadanas que la votaron, y los diputados anunciando sus votos por el “Sí” al *impeachment* dedicándoselos a su sobrino, a su novia, a su ciudad natal... Hubo un diputado que incluso dedicó su voto a los “corredores de seguros” y otro que dijo que votaba a favor del *impeachment* “por la paz en Jerusalén”. La mayoría hacía referencias bíblicas o mencionaba a Dios, que nunca fue nombrado tantas veces en vano en un mismo día. Hubo gritos, mentiras, un diputado fascista que dedicó su voto a un torturador de la última dictadura militar, una diputada que se lo dedicó a su marido en nombre de la lucha contra la corrupción –y al día siguiente el marido fue detenido por la Policía Federal, por corrupto–, y otro que, haciendo el ridículo, lanzaba confeti mientras hablaba, como si estuviera en medio de una comparsa de carnaval. Sentí mucha vergüenza de estar allí.

No tengo dudas de que lo que hay por detrás de todo esto es una tentativa de Golpe, una maniobra antidemocrática para anular las últimas elecciones y elegir de forma indirecta un nuevo presidente que no fue votado por el pueblo y que ya ha anunciado un programa de gobierno que no tiene nada que ver con el que el pueblo apoyó en las últimas elecciones. Por eso voté en contra, como todo el grupo de PSOL, a pesar de formar parte de la oposición (de izquierda) al gobierno Dilma.

Creo que es muy importante aclarar que lo que muchos consideramos una forma de golpe institucional –que no es lo mismo que un golpe militar, que se basa en la violencia y suspende totalmente la legalidad, sino una forma ilegal de derrocar a un gobierno democráticamente elegido y tomar el poder de forma ilegítima– no es el instrumento del *impeachment* en sí mismo, sino este *impeachment* en particular, con las características que tiene y la forma en la que está siendo conducido. El *impeachment* está previsto en la Constitución y es, por lo tanto, un recurso legítimo para determinadas circunstancias de extrema gravedad institucional, siempre que sea utilizado de acuerdo con lo que ordena la Constitución y la ley 1.079/1950, que lo regula.

Lo que sucede es que nos encontramos con una petición de *impeachment* muy mal formulada, que no cumple con los requisitos de la ley, porque no hay delito de responsabilidad; que usa como excusa una serie de acusaciones sin base jurídica, por decisiones administrativas con las que podemos no estar de acuerdo, pero que no constituyen delito y son, de hecho, practicadas por gobernadores y alcaldes sin que nadie las cuestione, del mismo modo que fueron practicadas por presidentes anteriores. Una petición de *impeachment* conducida por un delincuente, imputado por la justicia por corrupción y blanqueo de dinero; que es resultado de un proceso de chantaje –es público que Eduardo Cunha usó el *impeachment*

para chantajear al mismo tiempo al gobierno y a la oposición de derecha, para salvarse del pedido de anulación de su acta de diputado presentado por el PSOL y por REDE en el Consejo de Ética de la Cámara de los Diputados—, y que realmente comenzó a gestarse al día siguiente de las elecciones, cuando los que perdieron el segundo turno no aceptaron los resultados. No es serio. No es democrático. No es legítimo.

Además, es vergonzoso que un imputado por la justicia por delitos de corrupción, blanqueo de dinero y evasión de divisas, que fue denunciado por los delatores del Caso Lava-Jato por recibir sobornos y que tiene incluso cuentas en Suiza con dinero cuyo origen no puede explicar, a pesar de todo, sea presidente de la Cámara de Diputados y conduzca este proceso. Es un papelón internacional, el mundo entero está hablando de esto. Y esta persona mantiene al país entero de rehén y ha paralizado el parlamento y el gobierno durante meses. La sociedad brasileña necesita despertar y llenar las calles contra este individuo. ¡“Fuera Cunha” debería ser el grito de todo el pueblo brasileño!

Hay muchos intereses por detrás de este proceso de *impeachment*. El PMDB, el partido del poder y de los negocios, un partido que no tiene —y no ha tenido en las últimas décadas— ningún candidato presidencial con posibilidades de ganar unas elecciones pero que fue aliado de todos los gobiernos, quiere asaltar el poder. Cunha, que corre el riesgo de perder el mandato e incluso de ser detenido por corrupción, ha utilizado el *impeachment* como forma de chantaje para protegerse y como moneda de cambio con la oposición de derecha para que no se anule su acta de diputado, además de vengarse de la presidenta por haber desarticulado esquemas de corrupción de los cuales se beneficiaba —como queda claro en la declaración con la que el senador Delcídio do Amaral colaboró con la justicia—. El PSDB, principal partido de la oposición de derecha, que perdió el segundo turno de las pasadas elecciones y no lo aceptó, quiere usar este proceso para llegar al gobierno como socio de Temer y Cunha. Las élites quieren aprovecharlo para provocar una crisis de gobernabilidad, dar a luz un gobierno débil y totalmente dependiente de ellas, e imponer una agenda económica todavía más neoliberal, con más ajustes y más pérdida de derechos para los trabajadores, como queda claro en el programa de gobierno presentado por el “candidato” Temer —curioso programa de gobierno presentado después de las elecciones por alguien que no fue candidato a presidente, pero que se postula para el cargo usando el expediente del *impeachment*—. Y todos los fascistas, fundamentalistas y reaccionarios que son aliados de esta gente quieren también aprovechar para surfear la ola y sacar algún beneficio ilícito en el caso de que los amigos lleguen al gobierno de esta forma.

Si el Senado finalmente consuma el Golpe, Brasil tendrá un nuevo gobierno y un presidente sin ninguna legitimidad, ni política, ni jurídica, ni de cualquier tipo. Michel Temer no es y nunca fue un líder popular; mucho menos su “vicepresidente” tácito, Eduardo Cunha, que siempre actuó en los bastidores, en las negociaciones secretas, y hasta hace poco tiempo ni era conocido por la población. Ellos jamás podrían ganar una elección presidencial, ni siquiera para alcaldes. Me atrevo a decir que juntos no alcanzarían ni el 5% de los votos.

Así pues, tendríamos un presidente que nadie quiere, sin ningún apoyo popular, que habría llegado al cargo a través de un golpe institucional, o sea, sin legitimidad jurídica, aliado con los partidos que perdieron las elecciones (PSDB, DEM, etc), que formarían parte del gobierno y tendrían ministerios a pesar de haber sido rechazados por los electores, y con un programa de gobierno que no es el que votó el pueblo. Y habría, sin duda, resistencia de los movimientos sociales, de los sindicatos, de los estudiantes, de los sin tierra, de los sintecho, de las minorías que seguro serían atacadas por los fundamentalistas aliados, y de mucha gente que no se resignaría a la ruptura del orden democrático. Incluso de aquellos que salieron a las calles contra Dilma y, cuando Temer comenzara a gobernar, si llega a suceder, se darían cuenta de que han sido utilizados. Cuando cerraran el Caso Lava-Jato –porque no les interesa que esta investigación, que los implica, continúe–, cuando aplicasen un ajuste todavía peor que el de Dilma, habría gente en las calles. Es un escenario peligroso, porque puede acabar con represión y violencia.

Desgraciadamente, tanto el PT como el PSDB ayudaron a preparar el terreno para lo que hoy está sucediendo. Tanto el PT como el PSDB, a lo largo de las últimas décadas, firmaron alianzas para conseguir palancas, votos en el congreso o tiempo en la televisión, con fundamentalistas, fascistas, reaccionarios y enemigos de la democracia, que han ido conquistando poder en el parlamento y en la sociedad. Los grupos parlamentarios de la Biblia, de la Bala y del Buey, que junto con el bajo-clero y los partidos fisiológicos y corruptos llevaron a Cunha a la presidencia de la Cámara, son los principales apoyos del Golpe y serán la base del gobierno Temer si lo consiguen. Esta gente promueve discursos de odio contra las minorías y utiliza el miedo, la violencia y la estigmatización del otro como arma política. El huevo de la serpiente ha ido creciendo al amparo de las principales fuerzas democráticas y hoy en día nadie sabe qué hacer con el monstruo que se ha creado.

Pero ahora será el pueblo el que pague la cuenta.

Si el golpe se consuma, va a ser terrible para los trabajadores, los más pobres, las mujeres, los negros y negras, la población LGBT y todos los sectores oprimidos de la sociedad. Basta con analizar cuáles son los sectores que están apoyando el golpe para anticipar lo que puede venir: el grupo evangélico fundamentalista, el grupo de la bala –con intereses en la industria del armamento–, los grupúsculos fascistas, la Federación de Industrias del Estado de São Paulo –FIESP–, las élites, las corporaciones económicas y la cuadrilla de diputados envueltos en el Caso Lava-Jato, liderados por el imputado Eduardo Cunha. Esta gente tiene una agenda ya conocida. En primer lugar, enterrar la operación Lava-Jato para que las investigaciones no amenacen su libertad. En segundo lugar, profundizar en el ajuste fiscal y en las medidas anti-trabajadores: si el gobierno Dilma ya fue nefasto en este aspecto, el programa de gobierno lanzado hace meses por el PMDB bajo el liderazgo de Michel Temer deja claro que el ajuste que pretenden llevar a cabo será todavía más duro para los trabajadores. En tercer lugar, van a querer avanzar con la agenda conservadora y contraria a los derechos humanos que comenzó a ser impulsada en la Cámara de Diputados desde que el imputado conquistó la presidencia del Congreso: estatuto del no nacido contra los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, estatuto homofóbico contra las

familias, homosexualidad como enfermedad, orgullo hetero, más criminalización de la juventud, de los más pobres y de los usuarios de drogas, revocación del estatuto de desarme, etc.

Si todo esto sucede, vamos a plantar cara a esa agenda en el parlamento, en las calles, en las redes sociales, todavía con más fuerza porque será la agenda de un gobierno ilegítimo, nacido de un golpe contra la democracia. No va a ser fácil, pero no vamos a callarnos y estaremos junto a los movimientos sociales para defender los derechos humanos de todos y todas.

LA OLIGARQUÍA SE ORGANIZA PARA RECUPERAR SUS PRIVILEGIOS

Por Marina Albiol, eurodiputada de Izquierda Unida y portavoz de la Delegación de la Izquierda Plural en el Parlamento Europeo.

Tras las elecciones de octubre de 2014, Dilma y el Partido de los Trabajadores trataron de articular una coalición lo más amplia posible, que incluía desde el Partido Comunista hasta el Partido de la República (de centro derecha). El objetivo era mantener el éxito de un proyecto de transformación social que puso los intereses de la mayoría por encima de los intereses de las grandes compañías, y nacionalizó sectores estratégicos de la economía, como gran parte del sector energético. Con la llegada de los obstáculos impuestos por la oligarquía contra este modelo de reparto de la riqueza, los sectores más derechistas del gobierno han traicionado a la presidenta situándose del lado del golpe. Esto no solo pone de manifiesto los límites que pueden tener estas alianzas amplias, sino que además demuestra que la derecha siempre va a poner la capacidad de acumulación de capital de unos pocos por encima de los intereses de las mayorías trabajadoras. De este proceso las fuerzas de izquierda tenemos que sacar una lección que nos haga ser extremadamente cuidadosas y cuidadosos con fuerzas que al fin y al cabo representan unos intereses de clase completamente contrapuestos a los nuestros.

Realmente no es ninguna novedad, en 1964 Brasil ya sufrió el golpe militar, y desde que en 1973 la alianza entre Estados Unidos y las fuerzas fascistas locales derrocara el gobierno de Allende, hemos visto numerosos golpes e intentonas golpistas en el conjunto de la región. Todos los gobiernos progresistas de Latinoamérica se han enfrentado a ellos, y en ocasiones, como en los casos de Zelaya (Honduras) y Lugo (Paraguay), los golpes han derrocado gobiernos legítimos y democráticos. Los poderes económicos necesitan de gobiernos débiles que sirvan sus intereses, y por eso siempre han actuado contra los gobiernos que han tratado de limitar sus privilegios.

El golpe, por lo tanto, viene provocado por la no aceptación de políticas de reparto de la riqueza. Lo que interesa a los golpistas es que estas se reviertan en favor de los intereses de las grandes empresas y en contra de la igualdad entre diferentes sectores de la sociedad. Los diputados que votaron a favor del *impeachment* se referenciaron en la dictadura militar (1964-1985), que contó con el mencionado apoyo de los Estados Unidos y malvendió los recursos naturales del país a empresas norteamericanas.

Es importante recordar, por ejemplo, que la mayor parte de la tensión popular en estos momentos en Brasil surge en base a unas escuchas ilegales, lo cual las invalida como prueba. Y es fundamental subrayar que Dilma no ha estado envuelta en ningún caso de corrupción, al contrario de más de la mitad de los miembros (37 de un total de 65) de la Comisión que se encargó de investigar el supuesto caso contra ella antes de llegar al Congreso. Además, tal y como vimos durante la votación para el *impeachment* en el Parlamento, los motivos que esgrimen los diputados brasileños poco tienen que ver con los supuestos maquillajes fiscales utilizados como excusa para su destitución. La mayoría de los diputados realizó discursos completamente golpistas, arguyendo a principios religiosos y militaristas, sin ninguna referencia al caso que se analizaba. Esto evidencia que utilizan el *impeachment* como una herramienta para obtener lo que han perdido en las urnas y en las calles. Pretenden imponer de esta manera la posición política que defiende los intereses de una élite minoritaria frente al proyecto del PT,

que venció en las urnas tras haber conseguido, desde que accediera al poder en 2003, acabar con la pobreza extrema y reducir drásticamente la desigualdad, además de dotar de mayores derechos a las mujeres, las personas LGTBi y los pueblos indígenas.

El apoyo a los gobiernos de Dilma y Lula ha estado siempre entre las personas trabajadoras. La reducción de la pobreza, la mejora en la accesibilidad al sistema educativo, el empoderamiento de homosexuales, bisexuales, y transexuales, o la mayor visibilidad y presencia de las personas afrodescendientes en la vida pública son realidades que no cuentan con el beneplácito de la clase dominante tradicional. Por supuesto que el cuestionamiento de sus preferencias, que les ha obligado a compartir el poder y el espacio público con personas que hasta ahora tenían posiciones de subalternidad, ha propiciado el intento de derrocar al gobierno por vías no democráticas para volver al modelo anterior en el que todo el poder estaba en sus manos.

Los ciudadanos de a pie conocen la estrategia perfectamente. El golpe no viene protagonizado por trabajadoras y trabajadores, sino por la oligarquía perfectamente organizada para recuperar sus privilegios. Son los que no entienden de ningún poder salvo el económico quienes cuestionan la democracia y la condicionan a su capacidad de acumular riqueza. Como demuestra el desarrollo histórico de Latinoamérica, la democracia solo les interesa cuando las grandes corporaciones, casi siempre extranjeras, pueden enriquecerse sin límite.

UNA VEZ MÁS BRASIL SE DESANGRA

Por Antonio Maura, escritor y socio corresponsal de la Academia Brasileira de Letras.

Una vez más Brasil se desangra. La ridícula pantomima en el Congreso para destituir a la presidenta Dilma Rousseff no deja la mínima duda sobre la calidad entre cómica y abyecta de su clase política. El propio presidente de la Cámara, Eduardo Cunha, es uno de los iconos de este guiñol siniestro: predicador evangélico, corrupto, que aparece en los denominados Papeles de Panamá como titular de diversas cuentas opacas, experto en lavar dinero y que solo aspira a protegerse con el *impeachment* de sus causas pendientes con la justicia. Pero los otros congresistas no fueron menos patéticos al emitir su voto con el mismo espíritu de quien dedica una canción en un programa de radio popular: “por mi esposa Paula”, “por mi hija que va a nacer y mi sobrina Helena”, “por la tía que me cuidó de pequeño”, “por mi familia y mi Estado”, “por los vendedores de seguros de Brasil” o “por los militares del 1964”. Hay que precisar también que su actitud no es muy diferente a la de aquellos militares ‘golpistas’ a quienes dedica su voto.

De “clase política arrogante, venal y caciquil”, la ha calificado el periodista español Manuel Castells, quien afirma además que “es el cáncer de la democracia brasileña”. Nada más cierto. Y que sea esta casta, esta horda de sinvergüenzas, quienes se arroguen el poder, ¡y lo tengan!, de iniciar un proceso de destitución por un problema de maquillaje fiscal, no deja de asustar, por no decir de aterrorizar, a la mayoría de los ciudadanos que aún creemos en la democracia. Brasil, como muchos países presuntamente democráticos, no se merece a sus políticos. Pero lo preocupante, lo terrible, es que una de las más importantes naciones de América se vea en manos de esa gente que solo se diferencia de los militares ‘golpistas’ en que usan palabras en lugar de pistolas.

La destitución de Dilma alienta la peor tradición de una nación que fue la última en abolir la esclavitud en el mundo occidental, donde las clases sociales no son solo distantes, sino abismáticas. El poeta y escritor Aleilton Fonseca, miembro de la Academia Bahiana de Letras, afirma que “se negocia ya abiertamente un equipo espurio y antidemocrático de poder por parte de quienes no aceptaron el resultado de las elecciones de 2014” y que con esta destitución “pretenden ejercer la administración del país como un negocio.” Y es que no hay otra justificación para el *impeachment* y para explicar el patético ‘guiñol’ de la sesión del Congreso brasileño del pasado 17 de abril.

Como pequeño homenaje al país sudamericano participé en una mesa redonda y en un recital poético y musical el 22 de abril, en Madrid, en la ‘Noche de los Libros’. Al final de la sesión, el cantante y compositor, Pedro Moreno, que ya había entonado algunos temas de Vinicius de Moraes y Chico Buarque, terminó su actuación con la canción “Cáliz” (Cálize). Cuando explicaba al público la semejanza fonética entre las voces ‘Cálize’ y ‘Cale-se’, el cantante y el público se emocionaron. Fui yo quien había propuesto que este recital terminase con esta canción porque hoy, nuevamente, en ese gran país se usa ese mismo imperativo autoritario e dictatorial:

Padre, aparta de mi ese ‘cállese’

Padre, aparta de mi ese cáliz

De vino tinto de sangre.

Y es que en Brasil vuelve a ser 'Viernes Santo' como aquel en el que Gilberto Gil y Chico Buarque compusieron esta canción, en 1976. Brasil se está desangrando. ¿Es que no hay paños ni ungüentos para lavar su cuerpo, limpiar sus llagas y cicatrizar sus heridas?

COMUNICADO SOBRE LA PREOCUPANTE SITUACIÓN POLÍTICA EN BRASIL

Por Podemos, organización política en España.

En los últimos años, la sociedad brasileña ha emprendido una intensa lucha contra la lacra de la corrupción que afecta a su país. Dentro de la oleada de casos que se han destapado y que involucran a distintos partidos y empresas, la Presidenta no se ha visto implicada en ninguno de ellos, y no hay sospecha fundada ni constancia alguna de que se haya llevado un solo real a su bolsillo por cauces irregulares, ni de haber aceptado ninguna prebenda. En cambio, un 60% del actual congreso brasileño sí tiene casos abiertos de corrupción, y el propio presidente de la Cámara, Eduardo Cunha, está acusado de evasión fiscal por tener tres cuentas en Suiza y haber aceptado sobornos de Petrobras.

En la línea de lo expresado por el Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), desde Podemos compartimos la preocupación ante esta grave situación en la que la Presidenta democráticamente electa está siendo sentenciada por un Congreso enfermo de corrupción y claramente orientado por intenciones espurias. A día de hoy no existe una acusación de carácter penal contra la presidenta. La acusación de mala gestión de las cuentas públicas, escasamente desarrollada por los congresistas brasileños, no ha sido avalada por el Tribunal de Cuentas de la Unión y no amerita pues un proceso de destitución como el que se ha emprendido.

Además, como se señala igualmente desde la OEA, el quiebre institucional que está fraguándose contra la Presidenta Rousseff no solo es un procedimiento de dudosa legitimidad, sino que contraviene sin fundamento alguno el carácter presidencialista del sistema constitucional brasileño. Intentar la destitución a través de un *impeachment*, basado en un cambio de la correlación de fuerzas dentro de la coalición gubernamental, violenta el fundamento y el mandato democrático obtenido en las urnas por la Presidenta Rousseff.

Nosotros consideramos imprescindible que se respete la voluntad del pueblo brasileño, que reeligió a la Presidenta Dilma en 2014, o que se modifique ese mandato por la única vía democráticamente aceptable: vencer en las urnas.

Tras una década de importantes progresos sociales en el continente, de los que Brasil ha sido uno de los grandes protagonistas, con la voluntad de dejar atrás un largo historial de golpismo, intervenciones e injerencias en la región, desde Podemos confiamos en que Brasil, como toda América Latina, siga ganando autonomía democrática y no se rememoren tristes fantasmas que creíamos enterrados en los años oscuros de la historia. La senda golpista y las vulneraciones de los parámetros democráticos en los últimos años en Venezuela (2002), Honduras (2009) o Paraguay (2012) son precedentes que invitan a estar alerta.

Desde Podemos solicitamos por ello al Gobierno de España y a todas las fuerzas políticas y sociales que muestren su compromiso con la estabilidad de las instituciones democráticas, y la solidaridad y el respeto de la voluntad soberana expresada en las urnas por el pueblo hermano de Brasil. La imprescindible lucha contra la corrupción y por un país más transparente y más justo no puede ni debe ser

utilizada por intereses espurios como un ariete contra la legitimidad de las instituciones y contra el imperio del principio democrático.

UNA CONFABULACIÓN SOMBRÍA

Por Germán Aranda, corresponsal freelance en Brasil, colaborador de El Mundo, revista 5W, CTXT y La Tercera (Chile).

* Este capítulo incluye fragmentos extraídos del artículo “¿Qué hay detrás del *impeachment* de la presidenta de Brasil?” (Germán Aranda, revista 5W, 2016).

El proceso de *impeachment* contra Dilma fue impulsado, sobre el papel, por causa del maquillaje de cuentas de su Gobierno. Pero quienes esperaban de los discursos de los diputados argumentos jurídicos sobre por qué esta práctica es un crimen de responsabilidad se llevaron un buen chasco: los parlamentarios se dedicaron a loar a Dios, dedicar el voto a su familia o referirse a la crisis económica, que no es lo que se discute en esta causa. La sesión parlamentaria puso de manifiesto que la oposición está decidida a tumbar a la mandataria brasileña. Ha pesado su falta de capacidad para ganar apoyos en el Legislativo, el caso Petrobras (el mayor escándalo de corrupción de la historia de Brasil, en el que muchos diputados están implicados), y la mencionada crisis económica, a la que no se están encontrando respuestas.

En todo este proceso se puede hablar de Golpe, desde la opinión personal (no en un medio de comunicación, ya que faltan pruebas), cuando se observa la actitud de los diputados que no están preocupados en argumentar jurídicamente un *impeachment*, que es un juicio político, un extremo de la constitución que permite la destitución de una presidenta. No es una medida de primer orden. No puedes decir vamos a hacer un *impeachment* porque lo está haciendo muy mal la presidenta. No puedes. Se articula un *impeachment* si hay ilegalidades en el gobierno. Se considera un proceso jurídico porque para derribar a la mandataria hace falta una base legal, un delito de responsabilidad que, en este caso, serían las maniobras fiscales mediante las cuales Rousseff maquilló las cuentas de 2014 y 2015. Sin embargo, lo que realmente ha puesto a la cámara en su contra ha sido su falta de cintura política y su cercanía al escándalo de corrupción de Petrobras. De momento esas supuestas ilegalidades (maquillaje de cuentas, pedalada) no han sido frenadas por el Tribunal Supremo, pero al mismo tiempo no queda claro que la presidenta haya cometido crimen de responsabilidad por este motivo. Y sin duda, aunque lo haya cometido, es muy irresponsable para la estabilidad de un país apartar del Gobierno por esa razón a una presidenta. Una presidenta que además no está implicada en ningún caso de corrupción, al contrario de la mayoría de los diputados que la juzgan. Eso le resta mucha legitimidad al *impeachment*.

Hablar de Golpe, desde la opinión personal, repito, es una forma de explicar la confabulación de fuerzas contra el gobierno, y la brecha que han encontrado para buscar la destitución de la presidenta Dilma a toda costa. Esa confabulación la lideran la principal fuerza de la oposición, el Partido Socialdemócrata Brasileño (PSDB), un exaliado del gobierno, el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), y otros partidos a la derecha del PT. Dos figuras del PMDB han sido claves para que el proceso avance. El presidente de la Cámara, Eduardo Cunha, se ha visto inmerso en un proceso de destitución impulsado por miembros del PT a causa de casos de corrupción, y ha reaccionado contra ellos. Cunha aceptó la propuesta de *impeachment* y convenció a muchos diputados de que lo apoyaran. El vicepresidente Michel Temer, que hace un año negaba que hubiese base legal para el cese de Rousseff, decidió cambiar de opinión hace unos meses y lideró la desbandada de su PMDB, que acabó de darle

alas al *impeachment*. Entre Temer y Cunha se han encargado de repartir los ministerios de un futuro gobierno que presidiría el primero y del que Cunha sería vicepresidente.

La oposición lleva buscando desde el primer momento cualquier tipo de camino para tumbar a la presidenta. También es verdad que para que encuentren esa brecha el gobierno tiene que dejarles. Ciertamente, estos modelos de golpes blancos que han aparecido en los últimos años en América Latina tienen que ver con la polarización de la sociedad y con la irresponsabilidad de no aceptar el triunfo en las elecciones de un gobierno de izquierdas. La enorme campaña contra Dilma de la FIESP (Federación de Industrias del Estado de São Paulo) por subir los impuestos a las empresas y no subírseles a los trabajadores es solo un ejemplo. La polarización a la que hacemos referencia no solo se distingue en las élites, sino también en las clases medias trabajadoras, que muestran cierto rechazo a la asistencia social que llevan a cabo los gobiernos de izquierda. Por otro lado, estos gobiernos también han pecado de una cierta bunkerización que facilita que el otro extremo adopte estas posturas. Lula sí encontró más puentes entre diferentes clases sociales y visiones políticas.

La diferencia de clases en Brasil es brutal. Existe, además, criminalización de la pobreza. Es muy fácil para algunos estatus defender que bandido bueno es bandido muerto. Al mismo tiempo que a un político bandido se le vitorea, como es el caso de Eduardo Cunha, presidente de la Cámara de Diputados. Hay una guerra social velada, tapada un poco por esa amable forma de ser de los brasileños. Hay cierto odio mutuo. Los ricos contra los pobres, aunque muchas empresas se hayan enriquecido durante los años de crecimiento liderados por Lula, que colocó a Brasil en un lugar destacado del mapamundi político y comercial.

Además, uno de los problemas fundamentales es que la vida política brasileña se ha vuelto mucho más conservadora. Es uno de los parlamentos más conservadores de la historia del país. Existen diversos grupos de presión en el parlamento (bancadas): la bancada de la bala, la bancada evangélica, la bancada ruralista, etc, que empujan al legislativo hacia el ala más conservadora. La entrada en política de la iglesia evangélica ha multiplicado este conservadurismo. Sin ellos, ciertos discursos no tendrían cabida. Discursos incluso opresores contra los homosexuales, por ejemplo. También habría que analizar cómo ha sido posible que se hayan introducido tanto en la política brasileña.

UN DOMINGO CUALQUIERA

Por Carla Guimarães, escritora y periodista brasileña que vive y trabaja en Madrid.

A pesar del calor, Jean Wyllys salió de su casa con un pañuelo rojo en el cuello. Se había puesto un traje oscuro para ir al Congreso pero sin el pañuelo se sentiría desnudo. En el “campamento por la democracia” el rojo reinaba incluso sobre los colores de la bandera nacional. Las más de diez mil personas acampadas en Brasilia se preparaban para un momento decisivo en la historia brasileña. En Salvador de Bahía el Movimiento de los Sin Tierra levantó sus tiendas de campaña delante de uno de los puntos turísticos más famosos de la ciudad: el Faro de Barra. En São Paulo, centenas de personas vestidas de verde y amarillo empezaban a ocupar la Avenida Paulista. En Río, una enorme protesta tomó las calles de Copacabana. Estaba claro que aquel no sería un domingo cualquiera en Brasil. Aquel domingo la Cámara de los Diputados votaba el *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff.

Jean Wyllys es el primer diputado homosexual declarado en el Congreso más conservador de la historia de Brasil desde la dictadura militar. Su partido, el PSOL, hace oposición de izquierda al gobierno de Dilma. Sin embargo, él ya había anunciado que votaría “no” a la destitución de la presidenta. Jean sabe que Dilma no está siendo juzgada por sus errores, sino por sus aciertos. Durante los 12 años de gobierno del partido de Dilma y del expresidente Lula, el PT, cerca de 40 millones de personas salieron de la pobreza y la población históricamente excluida ganó espacio dentro de la sociedad. “Yo tenía todo para ser una excelente empleada de hogar” dijo la estudiante de medicina Suzane da Silva en un acto en el Palacio del Planalto. Mujer, negra y suburbana, Suzane consiguió cambiar una historia que parecía estar escrita. “Los patronos alucinan cuando los esclavos se convierten en médicos”, decía el cartel que sujetaba ese día.

A pesar del gran giro que el PT dio a una historia de más de 500 años de desigualdad, el partido también cometió graves errores. El principal de ellos fue haberse dejado absorber por la política tradicional brasileña. El partido de Lula y Dilma se alió con la vieja derecha para poder gobernar. Sin ir más lejos, el PT ganó las últimas elecciones en coalición con uno de los partidos más oportunistas del país, el PMDB. Y está pagando muy caro este error. El presidente del Congreso, Eduardo Cunha, aceptó el proceso de *impeachment* en contra de Dilma, y el vicepresidente del país, Michel Temer, filtró a los medios su discurso de investidura. Ambos son del PMDB. El supuesto aliado ha encontrado la manera de tomar el mando. Y sin pasar por las urnas.

El gran argumento de los que piden la caída de Dilma es la lucha contra la corrupción. Los que piden su permanencia advierten que lo que está ocurriendo es un golpe de estado. Denuncian que los mayores medios de comunicación del país, que pertenecen a un pequeño grupo de familias, han creado una especie de dramaturgia del *impeachment*. La historia es muy sencilla: existe un gobierno corrupto, el pueblo pide su salida en las calles, el congreso derriba a la presidenta y Brasil vuelve a ser el país del futuro. Esta versión, sin embargo, fue refutada por numerosas personalidades brasileñas y de otros países, entre ellos el periodista americano ganador del Pulitzer, Glenn Greenwald, que vive en Rio de Janeiro. Para Glenn, la corrupción no es patrimonio de un partido o de un gobierno. Ella domina las esferas más influyentes

del país desde hace mucho tiempo. La investigación sobre la empresa pública de petróleo, Petrobras, destapó uno de los mayores casos de corrupción de Brasil y logró algo impensable: llevar al banquillo y a la cárcel a las élites políticas y económicas del país.

Irónicamente, el proceso de destitución de Dilma no es por corrupción. La presidenta está acusada de hacer maniobras fiscales irregulares para ajustar las cuentas de su gobierno en 2015. “La presidenta Dilma es una de las pocas figuras políticas importantes del país que no está involucrada o acusada en ningún caso de corrupción”, dijo Glenn en un análisis sobre la crisis en Brasil. “Todos a su alrededor, incluyendo los que quieren derrocar su gobierno, están seriamente implicados”. Quizás uno de los casos más llamativos sea el del presidente del Congreso, Eduardo Cunha. El responsable de llevar adelante el proceso de *impeachment* está imputado en el caso de Petrobras y acusado de tener cuentas bancarias secretas en Suiza. El posible plan del Frank Underwood brasileño es que la catarsis generada por el *impeachment* haga creer a la población que el país se ha librado de la corrupción. Los medios dejarán de hablar de ello, la investigación de Petrobras se dará por finalizada y los corruptos seguirán protegidos. Según Transparencia Brasil, el 53% de los diputados de la cámara están actualmente imputados en algún tipo de proceso judicial. “Independiente del resultado de la votación, da asco, porque nuestro Congreso es un Congreso de imputados”, dijo el cómico Gregório Duvivier en una de las muchas protestas en contra del golpe que tomaron el país.

Lo que nadie se esperaba fue lo que ocurrió poco después en el Congreso. Y no me refiero a la aprobación del proceso en contra de Dilma. La votación fue un circo de los horrores que reveló la verdadera cara de los diputados brasileños. Según la BBC, la palabra “vergüenza” fue una de las más utilizadas por los usuarios de las redes sociales para describir aquel momento. La guinda de este esperpéntico pastel la puso el diputado Jair Bolsonaro, que dedicó su voto a favor del *impeachment* al militar que torturó a Dilma durante la dictadura. Poco después de Bolsonaro, Jean Wyllys, ataviado con el pañuelo rojo, emitió su voto: “Estoy asqueado por participar de esta farsa, de esa elección indirecta conducida por un ladrón, planeada por un traidor, conspirador, y apoyada por torturadores, cobardes, analfabetos políticos y vendidos. En nombre de los derechos de la población LGBT, del pueblo negro exterminado en los suburbios, de los trabajadores de la cultura, de los sin tierra y los sin techo, voto no al golpe. Y duerman con esto, canallas”. Instantes después de votar, Bolsonaro le lanzó un insulto homofóbico y Jean le respondió escupiéndole en la cara. Ni el mejor autor de telenovelas brasileñas hubiese imaginado ese final.

Seguí la votación desde mi casa en Madrid. Horas antes había llamado a mi familia en Brasil. Evitamos hablar de política para preservar nuestra relación, porque somos un fiel retrato de la polarización del país. Mi madre está a favor del *impeachment*, yo estoy en contra y mi hermana está en medio: quiere la salida de Dilma, pero piensa que el *impeachment* es un golpe. Sin tener mucho tema de conversación, terminamos intercambiando recetas de *strogonoff*, un plato ruso muy típico en Brasil. Obviamos la trágica situación que vive nuestro país. Ese día las tres hicimos *strogonoff*, aunque mi

madre lo hizo de carne, yo de gambas y mi hermana de pollo. Pero como aquel no era un domingo cualquiera, terminé el día con una terrible indigestión.

SI SE METEN CON DILMA, SE METEN CON TODAS

Por Ana Alkimim, brasileña, actriz, guionista y escritora.

En Brasil en los últimos años, las mujeres conquistaron, junto con otros colectivos sociales de mayor vulnerabilidad como las minorías por etnia y orientación sexual, un lugar privilegiado en las políticas públicas de los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff. Desde la creación de la *Secretaria de Políticas Públicas para las mujeres* en 2003, vinculada directamente a la Presidencia de la República y con status de Ministerio, las acciones del gobierno federal dejaron de ser puntuales y pasaron a ser integradas, constituyendo un plan estratégico de combate a la violencia contra la mujer, de fomento de la autonomía económica y de la igualdad de género, además de poner el feminismo en pauta de discusión en los medios de comunicación y en la propia sociedad civil de manera más extensa.

En un sociedad machista y sexista como la brasileña, la idea de que el hombre es superior a la mujer – y que, por lo tanto, tiene derecho sobre sus pensamientos y su cuerpo– predomina tanto en las relaciones personales como profesionales y se traduce en números abrumadores. En 2012, por ejemplo, las mujeres cobraron de media un 69% del valor total que cobraron los hombres (PNAD/IBGE, 2012); en 2013, 4.762 mujeres fueron asesinadas, 1.583 a manos de sus parejas o ex parejas (Mapa da Violencia 2015); en el mismo año, se realizaron 1.542 abortos legales por el SUS (Sistema Único de Salud) contra los 800.000 clandestinos, número estimado, ya que el aborto fuera de los precedentes legales está criminalizado (El País Brasil, IBGE). Y estos son solamente algunos pocos datos que traducen un panorama social donde políticas públicas para las mujeres no solo son necesarias sino que son muy urgentes.

Entre los programas y acciones con este carácter iniciados en el gobierno Lula destacan la *Ley Maria da Penha*, que define la violencia doméstica a la mujer como crimen, y la prioridad en establecer las mujeres como titulares de los programas *Bolsa Familia* y *Mi Casa, Mi Vida*. El gobierno de Dilma revisó y amplió el campo de acción de esas políticas en diversas áreas. Algunos ejemplos de ellos son el Programa *Mujer: vivir sin violencia*, que tiene por objetivo integrar y ampliar los servicios públicos existentes para las mujeres en situación de violencia por todo el territorio brasileño, llevando a las mujeres de zonas más remotas la infraestructura necesaria e información sobre sus derechos; la creación de medidas reglamentarias que incentiven el parto normal en el sistema público como privado de salud; la creación de la *Casa de la mujer*, un espacio que integra diversos servicios especializados, como acogimiento y apoyo psicológico además de servicios; la aprobación y sanción de la Ley 8305/14, que tipifica el “feminicidio” como crimen hediondo; y la PEC de las trabajadoras domésticas, la cual extiende a los empleados de hogar derechos iguales a los demás trabajadores, y que, a pesar de no estar orientada al colectivo femenino específicamente, no puede dejar de ser mencionada ya que Brasil, según la Organización Internacional del Trabajo, es el país con mayor número de empleados de hogar, 6,6 millones de trabajadores formales, siendo el 92% mujeres.

A pesar de que aún queda mucho por realizar y este gobierno necesita mucha más convicción política para pelear por políticas feministas más radicales contra un congreso conservador en su mayoría –falta

una ley del aborto que contemple las demandas reales feministas; faltan guarderías públicas y de calidad que liberen a la mujer para conquistar autonomía económica; faltan medidas que estimulen la división del trabajo doméstico; faltan políticas que contemplen en la práctica la diversidad del género femenino, sobre todo el étnico—, no se puede negar que hubo una mejora en la vida de la mujer brasileña, sobretodo de las más pobres, muchas de ellas reivindicadas e impulsadas gracias a colectivos feministas, como la *Marcha de las Margaritas*, que reúne más de 80.000 mujeres de las zonas rurales.

Este proceso de *impeachment* se trata de un golpe a la democracia brasileña, una vez que su base legal no se sostiene y la presidenta de la República no ha cometido ningún delito. Este golpe está siendo planeado por fuerzas de la oposición en conjunto con los principales medios de comunicación y del poder judicial. Así pues, por todo lo comentado anteriormente, sin poder obviar el carácter feminista de este gobierno y también femenino —ya que Dilma es mujer, la primera mujer electa en el país— se puede decir que se trata de un Golpe, además de institucional y político, también machista.

Primero, porque ataca intencionadamente los cimientos del país para el combate de la desigualdad de género; segundo, porque está siendo llevado a cabo por políticos que pretenden implementar un gobierno cuyo programa prioriza el Mercado y sus demandas en detrimento de las necesidades sociales de la mujer brasileña; y también porque está siendo endosado tanto en los medios de comunicación como en el propio congreso —donde el 80% son hombres blancos— por prácticas machistas y misóginas. La presidenta está siendo víctima de insultos, ataques y ofensas, única y exclusivamente, por su condición de mujer.

Tal vez por todo esto, cuando el golpe parecía que ganaba fuerza, un enorme grupo de mujeres organizó un gran abrazo colectivo a la presidenta en el Palacio del Planalto. Se han filmado también numerosos videos colectivos y surgen constantemente mensajes de sororidad, con máximas como: “En mi país tengo fe porque lo gobierna una mujer.” O “Dilma, corazón valiente.”

A muchos brasileños, sobre todo a los de las clases privilegiadas, el golpe no les cambiará la vida. Para las mujeres la realidad es diferente. Como dice otro eslogan reciente: “Si se meten con Dilma, se meten con todas nosotras.”

NO BASTA CON DETENER LOS RETROCESOS

Por Rose Maloka, activista sociocultural brasileña.

“No basta con detener los retrocesos, es necesario avanzar en la lucha por el progreso”, dijo el líder del Movimiento de los Trabajadores Sintecho (MTST), Guilherme Boulos, ante una gran multitud en el Largo da Batata, en São Paulo, en el debate organizado por el Frente Povo Sem Medo. En este Frente participan más de 30 movimientos sociales que luchan contra el *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff, al mismo tiempo que cuestionan al Gobierno del Partido de los Trabajadores por aplicar una política semejante a la del candidato que fue derrotado en las urnas en octubre de 2014. Esta política impone recortes en los presupuestos sociales y de infraestructura, privatizaciones del patrimonio público, además de suponer ataques directos a los trabajadores, ampliando la precarización del trabajo y los despidos.

Entendemos que es vital la lucha de los Movimientos Sociales contra el Golpe de Estado que se desarrolla actualmente en Brasil. Un golpe jurídico, político y mediático, votado por un Congreso en el cual más del 60% de los diputados están siendo investigados por corrupción, delitos electorales o hasta por tortura y homicidios. Un golpe en el que una diputada favorable al *impeachment* dedicó su voto a su esposo corrupto, y al día siguiente este fue detenido por la Policía federal acusado de perjudicar el funcionamiento de hospitales públicos en su ciudad para favorecer al hospital privado que gerencia su familia. Un golpe en el que otro de los diputados que votó a favor del *impeachment* en el Congreso, Jair Bolsonaro, dedicó su voto contra Dilma al torturador coronel Brilhante Ustra, que torturó a la presidenta. Otro diputado se lo dedicó a los militares del Golpe de 1964. Este Golpe de Estado ataca la frágil democracia brasileña, en beneficio de los intereses de grandes empresarios nacionales y del mercado financiero internacional; poniendo en peligro los derechos conquistados por los trabajadores y los movimientos sociales.

Sucede que no solo el Gobierno de Dilma está siendo víctima de un Golpe de Estado. No podemos olvidar que la población pobre y periférica, los indios, los negros, son golpeados todos los días por el Estado. Golpes que también vienen de las manos del gobierno petista, cuando no sigue las pautas históricas del movimiento popular. En nombre de la gobernabilidad, el PT hizo alianzas con partidos de derechas; nombró a Katia Abreu –representante de poderosos dueños de tierras– como Ministra de Agricultura. En nombre del desarrollo construyó la planta de Belo Monte en tierras indígenas, provocando en el Amazonas uno de los mayores crímenes ambientales de la historia de Brasil. Irónicamente, en la votación del *impeachment* varios diputados del PT dedicaron su voto también a la reforma agraria, aunque en 13 años de gobierno el PT no la haya llevado a cabo. Ni siquiera lo ha intentado.

Es hora de avanzar. Reconocer que no nos podemos aliar con nuestros enemigos. Como bien dice el periodista Juca Kfoury: “No se hacen compromisos que dañen nuestros principios. Nuestros principios están por encima de cualquier cosa, inclusive de las ganas de mantener el poder. Porque cuando solo buscas poder, pasando por encima de tus propios principios, al final te alías con personas que a las primeras de cambio te van a traicionar”. Y eso fue lo que ha ocurrido: partidos y diputados de la derecha,

que hasta hace poco tiempo eran aliados del gobierno, votaron a favor del Golpe. Esa es una lección que debemos aprender. Se agotó la vía del pacto conservador, del programa de conciliación de clases. Ahora es necesario construir una nueva salida, crear un nuevo proyecto que persiga repartir la riqueza, gravar las grandes fortunas, aplicar impuestos progresivos, desarrollar una reforma agraria y urbana, demarcar las tierras indígenas y quilombolas. Un proyecto que dé voz a los anhelos de los movimientos sociales.

Lo más interesante y hermoso que está ocurriendo actualmente en Brasil son precisamente esos movimientos sociales, tomando las calles, combatiendo el fascismo, luchando por mantener y ampliar las conquistas del pueblo. Movimientos formados por jóvenes de la periferia que actúan para politizar sus barrios, organizándose al margen de los partidos. Que creen en la politización a través del arte y de la cultura, buscando una nueva educación, aprendiendo a desaprender lo que recibieron de la televisión, articulando un trabajo de base, de educación popular. Cultivando el activismo, los eventos culturales como puntos informativos donde se crea, se comparte, se enseña, se aprende, y donde se van alineando las ideas y las intenciones. Organizando una resistencia social y cultural construyendo alternativas desde abajo, creando una salida por la izquierda, como bien muestra el “Manifiesto de las Periferias” firmado por más de 470 colectivos, movimientos, redes y organizaciones de la sociedad civil. El texto proclama, en uno de sus párrafos:

“Nosotros, que conquistamos solo una parte de lo que soñamos y tenemos derecho, no admitimos retrocesos. Reivindicamos las calles como espacios de diálogo, debate y activismo político, pero nunca como territorio de odio. Reivindicamos nuestra libertad de expresión, sea ideológica, política o religiosa. Reivindicamos la desmilitarización de la policía, de la política y de la vida social. Reivindicamos el avance de las políticas públicas, y de los derechos civiles y sociales.”

EN ESCENA: RESISTENCIA CULTURAL

Por Tulani Nascimento, gestora cultural brasileña, directora de Favelacult.

¡El espectáculo va a comenzar! La cortina se abre y sobre el escenario encontramos un espectáculo de horrores donde un grupo de políticos corruptos tiene la intención de destituir a una presidenta elegida democráticamente por 54 millones de brasileños, y que no ha sido acusada de cometer ningún delito. La escena principal se ha representado en el Congreso Brasileño durante la infame noche de la votación de la destitución de Dilma Rousseff. Los diputados escenificaron un acto burlesco de un movimiento claramente machista, capitalista, fundamentalista religioso, racista, latifundista, plutócrata y oligárquico.

Los agentes culturales, al igual que los agentes sociales, entran en escena para luchar por ese bien común supremo, la democracia; desarrollando actos de resistencia a través del arte contra el golpe judicial-legislativo-mediático que está en curso en el país. El arte, desde siempre, además de entretener, de mostrar hechos históricos de una sociedad, constituye un elemento de reflexión más profundizada de la realidad, tiene la capacidad de actuar contra los procesos de alienación porque hace que el individuo tenga la comprensión de que es un ser social y que puede actuar conjuntamente contra intereses individuales en beneficio de la colectividad.

La resistencia cultural siempre ha sido una forma consagrada de oposición. En este momento, donde la frágil democracia brasileña pelagra, intelectuales, artistas, profesores, productores y la población en general utilizan como arma la poesía, la música, las artes escénicas y las nuevas tecnologías para denunciar los actos antidemocráticos que están en curso en el gigante sudamericano. Los actos de resistencia cultural han sido innumerables. En ellos podemos destacar la presencia de Chico Buarque, Wagner Moura, Letícia Sabatella, Camila Pitanga, el grupo carioca Furacão 2000, el mítico Teatro Oficina, símbolo de la resistencia de la dictadura, Chico César, João Donato, Arrigo Bernabé y Edgard Sandra. Caetano Veloso, invitado por el programa “Altas horas”, de la cadena de televisión Globo –uno de los medios que apoyó el Golpe del 64– lanza comentarios sobre la situación política afirmando que: “El escenario político actual recuerda al que llevó al golpe de 1964”. Cientos de acciones culturales intentan informar a la población nacional e internacional de lo que realmente está pasando en el país, ya que los medios de comunicación brasileños en vez de cumplir con su papel de informar, manipulan y alimentan el odio hacia la izquierda y hacia el gobierno actual.

Pero la mayoría de los agentes culturales tienen muchas críticas hacia el gobierno de Dilma Rousseff. En su discurso en el evento de artistas e intelectuales contrarios al *impeachment*, la actriz Letícia Sabatella ha afirmado ser oposición pero que “no podía dejar de reconocer la ascensión social de la población”. Y si hablamos de cultura, el gobierno petista ha contribuido en el acceso, en la democratización y en la producción cultural brasileña como ningún otro gobierno. Uno de los puntos de partida ha sido con el ministro Gilberto Gil, que ha trabajado para la creación de políticas culturales, promoviendo un diálogo con la sociedad e incentivando la descentralización de los recursos para la cultura, que todavía está concentrada en las grandes capitales financieras, pero que ahora de manera tímida llega a los demás estados. También iniciativas como la de la consejería de Identidad y Diversidad

Cultural que amplió la actuación del ministerio para otras modalidades no convencionales como la cultura popular, indígena, afrobrasileña y gitana. La creación e implementación del programa “Cultura Viva” ha incorporado puntos de cultura en comunidades muy necesitadas. Sin dejar de mencionar iniciativas como el “Más Cultura en las Escuelas” y el “Más cultura en las Universidades”; el vale-cultura –que es un beneficio del trabajador–, así como el auxilio alimentación o el auxilio transporte que dan la oportunidad de que más personas tengan acceso a la cultura.

Si hablamos de audiovisual, el sector vive sus mejores momentos con la creación del Fondo Sectorial del Audiovisual, la creación de la ley de TV de Pago, la realización de los programas como “Brasil de Todas As telas”, “Cinema Puerto de Boca” y el incentivo en las coproducciones con otros países.

En épocas de represión, de crisis, de falta de democracia y de información, el arte tiene la función de aclarar, dar voz y promover la transformación. El arte y la cultura son resistencia. Pero para frenar el proyecto golpista, que ya está en marcha, que quiere instaurar en el país un escenario de retroceso, de corrupción, de misoginia, de discriminación racial y de género, no basta denunciar, es necesario tener una actitud realista, es necesario encarar la posibilidad de elecciones anticipadas. Todo ser humano tiene el derecho de ser artista de su propia vida, de ejercer la democracia, de recuperar y conservar el derecho del pueblo a decidir democráticamente el futuro de su país a través de las elecciones directas.

INVISIBLES

Por Aline Pereira, profesora, pedagoga, editora literaria y brasileña.

6:30 de la mañana. Salvador de Bahía. María se va a estudiar sin desayunar. Luego vuela hacia el mercado del barrio. Llega justo a la hora de cerrar, recoge como siempre las sobras que hay por las cajas para preparar la comida a João y a José, con la ayuda de Marília y de Marineide. Al final de la misión, lo que ha conseguido no le da ni para un entrante. “Diez bocas”, solía decir su padre, entre botella y botella, entre paliza y paliza. Por suerte, María hace magia en la cocina, todos en su casa lo saben. María tiene nueve años de edad. Marília, Marineide, João y José son algunos de sus ocho hermanos. Todos negros. E invisibles.

En los años sesenta y en plena dictadura militar, ni se soñaba con el programa social “Bolsa Familia”, que garantiza la alimentación básica de familias con hijos a su cargo, además poniendo a la mujer como receptora de la ayuda. Ese programa del gobierno Lula retiró a 36 millones de Marías de la miseria y mejoró la calidad de vida a 50 millones de personas muy pobres. Según la FAO, Brasil redujo en un 75% la extrema pobreza.

Sin recursos, semianalfabeta y tras sufrir algunas agresiones de su marido, la madre de María dejó a los nueve hijos a cargo del padre alcohólico, como en un trágico “colorín, colorado, ese cuento se ha acabado”. Desapareció. María, con ese panorama sociofamiliar, una bolsa con un par de prendas gastadas y quince años recién cumplidos, se subió a un autobús rumbo a Río de Janeiro con algunas de sus hermanas, todas dispuestas a enfrentar 48h de salto al vacío por una carretera tan agujereada que más bien parecía que viajaban en un tuk-tuk por la superficie de la luna.

La meritocracia le decía que si se esforzaba lo conseguiría todo. Y la verdad es que consiguió algunas cosas, no sabía si buenas o malas. Se casó y tuvo tres hijos. También consiguió trabajar como empleada del hogar y cocinera, bajo los 40 grados de Río, con un carrito de bebé al lado y un marido irresponsable por gusto y vocación, y consiguió ser la reina de las comidas y dulces bahianos. Estudió con ayuda de su familia carioca y opositó para técnica de enfermería. Aprobó, y cuidó durante toda su vida a bebés prematuros. Se libró/divorció de su marido en la época en que era casi un delito hacerlo. En su lucha como mujer, negra, divorciada, pobre, migrante y nordestina, también coleccionó traumas, veranos sin vacaciones, enfermedades y crisis económicas cuidando a sus hijos sola. La meritocracia no le avisó que todo eso no le saldría gratis. No tenía ni energía, ni tiempo, ni información suficiente para enterarse de la época brutal que vivía en su país, en pleno auge de la dictadura militar.

Los hijos de María nacieron y crecieron en barrios obreros de Río de Janeiro. Tuvo que pagar al mayor los estudios privados, no tenía a nadie que le cuidara y la escuela particular era la única que

estaba cerca de casa; se graduó como informático y le costó a María algunos años más sin vacaciones. La facultad pública no era para todos y ese mensaje llegaba de manera muy directa, bastaba con darse una vuelta por los parkings de las universidades y admirar los cochazos importados. Mayoría blanca en las aulas aunque Brasil, según el IBGE, cuente con un 53% de personas negras. Los pasillos de la universidad le sonaban a chino: “Mi padre me ha regalado un viaje a Orlando”. Los estudiantes de los barrios pobres de Brasil casi siempre, al terminar la clase, iban al trabajo, para conseguir llevar dinero a casa.

La hija mediana de María también necesitó ayuda económica de la familia para lograr estudiar un curso preparatorio para la selectividad, pero ella, a diferencia de su hermano mayor, quería entrar en la universidad pública, y no en la privada. Era cuestión de orgullo. En Brasil, la prueba de acceso se había convertido en una lucha de clases en la que prevalecía la calidad de la escuela de la que provenías. En 2002, mediante leyes estatales, se comenzaron a implementar los llamados Programas de Cupos, que, con el objetivo de disminuir las desigualdades en el campo de la educación, reservan plazas en las universidades públicas para grupos específicos, en su mayoría personas negras e indígenas. En 2012 llegó la ley federal que apuntalaba este sistema. La hija mediana aprobó para Pedagogía en la UERJ pero no entró por cupo, aunque le hubiera gustado participar de esa rebelión de las masas. Entró sin más.

La pequeña sí disfrutó de otros programas, y posteriormente estrenó su pasaporte con un año de movilidad académica dentro de otro programa gubernamental, Ciencias sin Fronteras. Los programas en el ámbito de la educación ya superan todos los registros. El ProUni, por ejemplo, garantiza becas integrales o parciales a 1,4 millones de universitarios; el FIES financia las mensualidades a 1,6 millones de estudiantes, el Plan Nacional de Educación reserva un 10% del PIB para gastos con la educación; el Instituto Rio Branco -carrera diplomática-, tradicionalmente aristocrático, ha instaurado becas para brasileños afrodescendientes. Acciones envidiables en cualquier país desarrollado pero que en un país tan clasista como Brasil son imperdonables, principalmente cuando la idea proviene de un presidente operario, sindicalista, del pueblo y sin estudios universitarios. Aún peor si Dilma Rousseff, la primera mujer presidenta del país, da continuidad y mejoría a esos Programas.

María, actualmente, ante el trato de la clase política, solo tiene fuerzas para decir: “Estoy cansada”. Sus hijos, con el arma de la educación, pretenden luchar para que ella y millones de brasileñas y brasileños tengan y mantengan, entre otros principios básicos, una jubilación digna, una educación pública de calidad y para todos, y un país más igualitario y sin odio de clases.

¿Y qué pasaría en Brasil después de un golpe de Estado?

Seguramente, María, en su humilde pisito de la zona norte de Río, se daría cuenta en una triste tarde de que su piel negra del sol de Bahía empezaría a clarear, hasta volverse invisible otra vez. Intentaría gritar y pedir ayuda a su hija pequeña, que todavía vive con ella, pero se asustaría al verse sin voz y al ver que a su hija le sucede lo mismo: es invisible. El mayor, desde otro barrio más alejado, aterrado con la invisibilidad de sus hijos recién nacidos y de toda su familia, intentaría ver las noticias para saber qué

estaba pasando; sin embargo, todo va bien según Globo. La mediana se daría cuenta de que su desesperación y parte de su lucha en forma de texto se irían borrando de este libro, hasta llegar a dudar si lo había escrito o no, si lo había publicado o no, si seguía habiendo lectores o no. Le atacaba una laberintitis ideológica aguda. A la mediana nunca le gustó estar encima del muro, en el medio, en terreno neutral. Si ocurriera un golpe en Brasil en pleno año 2016 y el pueblo, aun sin rendirse, perdiera la batalla, estaría en el lado en el que siempre estuvo, en el lado del corazón. El lado rojo e izquierdo del pecho.

Esta edición de *Brasil: Golpe de 2016* comenzó a fraguarse la mañana del 18 de abril de 2016 en Madrid, a la sombra de la lucha de miles de brasileños que, de pronto, pasaron de ser inmigrantes a ser exiliados.

Colección Já Tem Luta, Número Uno.

edicionesambulantes.com

